

V. Blasco Ibáñez  
El alma de las cosas  
(*El Imparcial* [México], 10-8-1908)

Una escritora danesa de gran talento, madama de Krabbé, acaba de publicar un libro notable: *Las almas mudas*. Este libro no está llamado a obtener un gran éxito editorial, pero es la obra exquisita de una notable observadora.

«Las almas mudas —dice, resumiendo la idea de su libro— son las almas de las cosas que nos rodean, vivas o inmóviles. Los árboles, las flores, los caminos, las calles, los edificios, la hoja que se mece a impulsos del viento, la piedra que apartamos con el pie, todo tiene un alma, débil y tímida o fuerte e impresionante.»

Yo creo lo mismo. Existe un alma de las cosas que da a estas lo que pudiéramos llamar su fisonomía propia: un alma que se nos revela en determinados instantes de nuestra existencia.

Cuando un hombre ha vivido mucho tiempo en el mismo sitio, las paredes, los muebles y hasta el ambiente, parecen haber tomado algo de su personalidad. El continuo roce comunica su ser a cuanto le rodea, y los objetos, a su vez, parecen transmitirle una partícula de su alma.

A la antigua frase «el estilo es el hombre», hay que añadir: «el hombre es su casa». Viendo la casa de un hombre, por poca personalidad que este tenga, se adivinan sus gustos, sus preocupaciones, su carácter. Y cuando este hombre muere, su antigua mansión guarda algo de su alma, en el sillón donde se sentaba, en los cuadros que contemplaron sus ojos, hasta en el último rincón que parece guardar bajo su capa de polvo, como cadáveres prontos a revivir, las ilusiones y los recuerdos del pasado.

El alma de las cosas es la que nos infunde ese respeto que se apodera de nosotros al pasar los umbrales de una casa antigua y venerable. Los muebles no son iguales a los que están a aquellas horas en la tienda del mueblista, como en un limbo, esperando un comprador que los saque a la vida. Tienen algo más que maderas y acolchados; han vivido, han visto, poseen un alma, encarnación de otra alma superior que existió entre ellos. Los viejos cuadros, simples rectángulos de lienzo casi putrefactos, parecen animados por una vida fantástica. Yo he visto en ciertos palacios históricos, a la luz de ventanas entreabiertas y en un ambiente en el que parecía mascarse los siglos, retratos mal pintados que impresionaban con más vehemencia, que las cabezas del Greco, Velázquez y Rembrandt.

¡El alma de las cosas!... La misteriosa y potente comunicación entre nosotros y lo que nos rodea: el comercio entre las almas que viven y se agitan en lo animado, o dormitan en las cosas inmóviles... El catolicismo, al tomar

de las religiones muertas el culto de las imágenes, presintió la verdad de esta misteriosa correspondencia que se establece entre el hombre y los objetos que contempla a todas horas. Una estatua de santo es, en el taller del imaginero, un pedazo de tallada madera, con adornos polícromos, fabricada tal vez a docenas y que se adquiere por dinero, después de regateos y transacciones lo mismo que en una feria. La colocan en un altar, pasan los años, se arrodillan ante ella las generaciones, haciéndola depositaria de los dolores y anhelos de sus espíritus simples, y la imagen acaba por tener un alma, y obra milagros en los que creen ciegamente los que los solicitaron, únicos a quienes interesan realmente.

El alma de las cosas, esa vida misteriosa que late en las entrañas de los objetos, aun de los inanimados, ha sido el verdadero origen de las religiones.

El hombre primitivo, el pobre ser humano apenas libertado de su ancestral animalidad, el infeliz y bárbaro vagabundo, con brazos largos y cráneo pequeño, velludo, de prominente mandíbula y obtuso ángulo facial, vestido de pieles, embadurnado de grasa, adornado con collares de espinas y dientes de fiera, el día en que descubrió el medio de mantener el fuego (el día más glorioso de la creación), y pudo conservar la caza tostada, asegurándose así el descanso por varios días, entregose a la holganza soñadora, y como producto de sus ensueños y razonamientos surgió Dios, creador de todo lo existente, padre amoroso unas veces, y otras juez implacable de los humanos. Para tenerle más cerca e implorar su misericordia, aglomeró peñascos, y con fragmentos de montaña hizo altares, adivinando confusamente que en las entrañas de estos basaltos inmutables que habían presenciado el primer día de los animales y verán el último, existía un alma poderosa, la misma alma de la divinidad, serena, eterna, inmutable.

Luego los hombres, avanzando en su perfeccionamiento conforme disminuían sus necesidades y aumentaba su descanso, sintieron apuntar y desarrollarse en sus cerebros la facultad imaginativa que apenas si existe rudimentaria entre los salvajes, y se arrodillaron ante el árbol centenario, patriarca de la selva, impresionados por su alma rumorosa que llenaba el espacio de murmullos de divinidad; ante el río, padre bondadoso y fecundador que con sus desbordamientos les daba el pan; ante la fuente cálida de alma vaporosa que les limpiaba las dolencias.

Aún hoy, el alma de las cosas impresiona al observador. El mar y las montañas, lo mismo que los pequeños guijarros que hollamos en el camino, fueron mucho antes que nosotros, y serán por los siglos de los siglos después de nuestra muerte. ¿Por qué no han de tener ellos un alma, siendo eternos, y la hemos de tener nosotros, míseros infusorios humanos, que pasamos por

el mundo como un relámpago y cuya existencia dura menos de la millonésima de un segundo en la vida del universo?

Los pueblos, en sus desvaríos imaginativos, que muchas veces son tan ciertos como los dictados de la razón, han creído siempre en el alma de las cosas. Los genios y las peris de los pueblos orientales, las ninfas, las dríadas y las sirenas de los europeos, no fueron más que la personificación poética de las cosas de la naturaleza.

Cuando las religiones huyeron de la luz del sol a la penumbra de los templos, y prefirieron la bóveda de piedra con flores talladas, a las flores reales de intenso perfume y al azulado pabellón del cielo, el buen pueblo arrostró castigos de cuerpo y condenaciones espirituales para seguir fiel a su caro culto del alma de las cosas.

En vano se remontaban en el espacio las catedrales de la Edad Media, sinfonías gigantescas de piedra en cuyas pilastras, ojivas y ventanales iban dejando las generaciones su vida y su fe: el culto a las divinidades del bosque persistió. De día, el sencillo pueblo trabajaba en la obra santa por unos cuantos ochavos y gran abundancia de bendiciones, y por la noche se iba a danzar en un claro de la selva, a la luz de la luna, junto a la fuente en cuya profunda y clara linfa estaba el palacio de la hechicera; entre los árboles cuyas ramas adornaba con cintas y que ocultaban en lo profundo de sus raíces, a los barbudos y enanos gnomos, guardadores de tesoros; al pie de los peñones sombríos sobre cuya cumbre revoloteaban las brujas, sacerdotisas de la miseria popular, preparando sus maleficios contra los poderosos; en buena naturaleza cuya alma cándida, igualitaria y eternamente fresca, sabía hablar mejor a la suya que el alma sombría y austera de los enormes templos, montañas de labrada piedra surgidas del suelo a impulsos del miedo a la muerte.

¿Qué es el patriotismo? Es el imperio que ejerce sobre nosotros el alma de las cosas. Nos peleamos y morimos los hombres por defender y conservar la casa en que nacimos, el pueblo en cuyas calles osamos dar los primeros pasos, la extensión de territorio que nos da el nombre y está sujeta a las mismas leyes, el sillón en que se sentaba nuestra madre y nuestro abuelo, la torre cuya campana escuchamos al entrar en la vida. En otros países podemos encontrar casas iguales de ladrillo o de piedra, leyes que nos protejan, muebles idénticos a los que usaron nuestros ascendientes, torres más hermosas que las que vimos al abrir los ojos a la luz... No importa: queremos lo nuestro. Lo otro, aunque sea más bello, «no nos dice nada». Necesitamos lo que usaron los de nuestra sangre, porque está saturado de recuerdos, porque no son cosas muertas, porque tienen un alma.

La bandera, moderno dios que ha venido a sustituir al antiguo entusiasmo religioso, uniendo en un mismo haz a devotos y a incrédulos en

el culto a la patria, no es realmente más que un trapo de colores, una cosa de menos valor intrínseco que cualquiera de los trajes que usamos una corta temporada, arrojándolo después al cesto de la ropa vieja. Y, sin embargo, los hombres pelean y mueren por ella con el más noble y generoso de los heroísmos, y el viajero, cuando la ve de pronto, lejos de su patria, siente ante el flamear de sus colores, que se le humedecen los ojos, se le oprime la garganta, y un escalofrío de emoción circula por su médula.

Ese pedazo de tela que era en los anaqueles del tendero un objeto *non nato*, como los fetos insensibles en el útero de la madre, tiene un alma grandiosa, la de miles y millones de seres que han puesto en sus colores, la vida, el honor y la tranquilidad.

\*\*\*

En los tiempos presentes, el alma de las cosas vive olvidada y solitaria. El hombre moderno, agitado por la fiebre de la producción, la conquista del bienestar y la explotación ruda de la naturaleza, no tiene ojos ni oídos más que para aquello que interesa directamente a su egoísmo.

Solo los sacerdotes de la belleza, los poetas, los pintores, los músicos, los meditativos, se dan cuenta del dulce murmullo de las cosas, y se ponen en comunicación con sus almas simples y buenas.

Los niños, en su inocencia, presienten también esa vida misteriosa que late en los objetos inanimados. ¿Quién de pequeño, tendido en el suelo, no ha conversado con las baldosas, con las sillas que le parecían enormes como montañas, con las puertas, de profundo misterio, que giran chirriantes sin que nadie las empuje?... Y no cabe alegar la inferioridad mental del niño. El perro es inferior a nosotros en el orden animal, y, sin embargo, llega, con el olfato, a donde no llegan nuestros ojos, percibe lo invisible que nosotros no conoceremos nunca, aúlla a la muerte en la casa del enfermo, mientras familia y médico se muestran alegres con la más engañadora de las esperanzas.

Sí: el hombre moderno no conoce el alma de las cosas, vive en las grandes ciudades lejos de la naturaleza; muchos han llegado a suprimir la casa, alojándose en edificios mercenarios, en hoteles de paso, que no pueden asimilarse nada de su persona.

El alma de las cosas se venga de este olvido, haciendo de nuestra época un periodo sin carácter propio, sin estilo ni personalidad.

\*\*\*

En todas las épocas marcaron los humanos su presencia con algo que fue suyo. La Edad Media tuvo sus catedrales, bosques pétreos en cuyo ramaje ojival anidaba la fe; el Renacimiento resucitó la antigüedad clásica, dándola el remozamiento de un nuevo arte inspirado en la alegría de vivir; la España austera, grandiosa y sombría de Carlos V y Felipe II dejó el alcázar de Toledo

y el Escorial; la época de Enrique IV en Francia nos legó sus camas empenachadas, tronos de suntuosa voluptuosidad; bajo los tres Luises se crearon tres géneros que van desde el aparato olímpico del Rey Sol, a la gracia frívola, como un paso de pavana, de la corte del rey guillotinado; el Directorio crea un arte que pudiera llamarse racionalista; el Imperio resucita la grandeza romana, sustituyendo la loba por el águila: todas las épocas han dejado en sus muebles, joyas y utensilios, algo de su carácter, digno de ser imitado por las generaciones siguientes.

¿Y nosotros, qué dejaremos?... Nada.

Los que hoy sienten gustos artísticos o los fingen como un signo de superioridad, tienen que dedicarse a coleccionistas, y llenan sus casas de antigüedades. El ser coleccionista —aun a riesgo de verse engañado por hábiles imitadores— resulta preferible a adquirir esos mamarrachos del «arte nuevo», creados por la impotencia y el mal gusto.

Hemos querido inventar una arquitectura que la gente conoce con el mote de «modernista», edificaciones de blancura de merengue con adornos de huevo hilado. La columna clásica, la pilastra tallada y alegre del Renacimiento las hemos sustituido con esos macarrones tortuosos que serpentean sin objeto en las fachadas «modernistas», lombrices repugnantes que se enroscan pared abajo con una cabeza chata en el remate. Tales adornos son un símbolo. Representan la tenia que lleva enquistada la imaginación moderna, chupando su jugo y condenándola a anémica debilidad.

Los tiempos presentes carecen de fantasía. Quedan poetas esparcidos por el mundo, pero los que había fuertes no son ellos, sino los calculadores, los hombres de razón que desprecian la fantasía como una locura.

Las grandes obras de nuestra época son la Galería de Máquinas de París y la Torre Eiffel: milagros de equilibrio, cálculos minuciosos de resistencias, hierro y tornillos, pesadeces sostenidas en el aire, sin el más leve vestigio de arte, sin el más pequeño recuerdo de la naturaleza madre y maestra de los hombres.

¡Ay, nuestra época, calculadora, fría, razonante, buscadora del éxito inmediato, y sin más imaginación que la que puede encerrarse en las fórmulas del álgebra y las figuras de la geometría!

Moltke es el héroe, el Aquiles de los tiempos presentes, y no hay un poeta, por valiente que sea, capaz de escribirle una oda.

Cuando murió Napoleón, le cantaron todos los poetas del mundo.

Madrid, 22 de junio de 1908